

Galicia

Habían llegado las vacaciones de semana santa, y Julio, por fin se había decidido a ir a Galicia a casa de Maika, su novia. Llevaban saliendo dos años, desde segundo de carrera, y él por fin había aceptado conocer al resto de la familia. Para ella sus padres eran encantadores, pero no sabía si llevar a su novio a casa era una buena idea. Después de todo, él como buen científico, era un hombre pragmático, para nada supersticioso, y ella, a pesar de compartir con él una mente científica, no podía evitar tener algunas ideas impropias de alguien a quien se le enseña a creer sólo lo que se puede demostrar empíricamente

Maika pensó que sería buena idea, ya que Julio al estar estudiando botánica, disfrutaría mucho estudiando la flora y fauna de los bosques gallegos. Y siempre sería una buena excusa para evitar estar con la familia si todo iba mal.

Una vez llegaron al pueblo, las cosas fueron mejor de lo que ambos esperaban. La familia de ella se portó de forma muy cordial, y pronto, Julio hizo buenas migas con el padre de ella, mientras este le enseñaba el pueblo contándole las historias y anécdotas más famosas del lugar. Durante la comida, ella llegó a sentirse un tanto desplazada incluso, debido a la atención que sus padres le prestaban a él. Así que, mientras todos tomaban un café en torno a la chimenea, ella sugirió ir al bosque para enseñárselo. Julio aceptó instantáneamente, buscando también un momento de intimidad con su pareja.

Entonces el rostro de sus progenitores se ensombreció repentinamente —Hija, sería mejor que esperaseis a la mañana, el camino no es bueno, y a poco que os entretengáis llegaríais bien entrada la noche— Observó gravemente el padre.

—No se preocupe don Antonio —Respondió Julio—. Estaremos de vuelta en un par de horas como mucho.

El hombre cabeceó con preocupación mientras se acariciaba su barbilla. Sus penetrantes ojos castaños se clavaron en los de su esposa, que cabizbaja, recogía las tazas intentando evitar la conversación.

—No es eso lo que me preocupa zagal —La mirada del hombre buscó la de su hija—. Me preocupa que anochecerá en ese tiempo más o menos, y que el Tono, el hijo del Marcial, está cada día más pálido y enfermizo. Ningún médico ha sido capaz de curarle el mal, pero todos temen por su vida...

—¿Qué tiene eso que ver? —Trató de responder el joven

—Absolutamente nada —Respondió Maika algo nerviosa, no quería que la conversación derivase en antiguas supercherías de las que su novio se mofaría sin dudarle un instante

Julio la miró de soslayo, no era la primera vez que su novia reaccionaba así, y siempre cuando se hablaba del mismo tema —¿Ya estamos con cosas de fantasmas y brujas?—. Dijo mientras reía levemente sacudiéndose su rizado flequillo negro — Bueno, cada cual sus creencias—. Musitó entre dientes.

—No creas si no quieres, pero haberlas hailas —Respondió el padre de la joven mientras se frotaba las manos al calor de la chimenea y perdía la mirada en el mismísimo corazón de aquel reconfortante fuego.

El joven, entre divertido e incrédulo, se aprestaba a responder, pero entonces Maika tironeó del brazo de su novio hasta arrastrarlo a la puerta de salida.

—Ponte algo de más abrigo y vayámonos de aquí antes de que metas la pata. En Madrid, esto parecerá una tontería, pero aquí estás hablando de algo muy serio...

Mientras se ponía un anorak verde apagado, Julio continuó sonriendo y salió animosamente al exterior. No volvió a mencionar le tema en toda la tarde, más por temor a la reprimenda de su chica, que a la falta de ganas de hacerlo. El resto del día, lo

dedicaron a observar los castaños y abedules que poblaban aquel bosque situado a poca distancia del pueblo. Maika no pudo evitar sacar un par de fotos de su novio, mientras este se agachaba para examinar algún tipo de helecho o planta que llamaba su atención especialmente.

Apenas se dieron cuenta de que el día terminaba y poco a poco las sombras se iban apoderando del bosque. Entonces, ella sintió como un tremendo escalofrío recorría su espina dorsal y estremecía todo su cuerpo. Aún temblorosa, levantó el cuello de su abrigo y cubrió su boca con el.

—Julio, vayámonos de aquí antes de que se haga más tarde por favor, no me gustaría perderme en el bosque, y menos aún preocupar a mis padres.

El joven esbozó una sonrisa irónica —¿Es que hoy es noche de aquelarres?

—Por favor Julio, sabes que odio cuando te pones en ese plan, deja que cada uno piense lo que quiera, eso a ti no te hace ningún mal, pero por favor vayámonos ya antes de que oscurezca más...

Entonces, el joven la rodeó con sus brazos y le dio un dulce beso en la frente — Tranquila preciosa, nos vamos ahora mismo, de todas formas ya casi no puedo distinguir las plantas con esta niebla.

—¿Niebla? —los ojos de la joven se desorbitaron al tiempo que su corazón se aceleraba, hubiera jurado por lo más sagrado que hacía diez segundos no había ningún tipo de niebla en el bosque—. Vayámonos Julio por favor, esto no me gusta nada — Dijo mientras sus piernas se movían nerviosamente sin ningún tipo de control. Julio trató de tranquilizarla tomando sus manos —Calma cariño ya nos vamos— dijo, y juntos emprendieron el camino de vuelta.

Apenas llevaban recorridos unos metros, cuando de las copas de los árboles emergieron varias aves volando en desbandada. La joven se sobresaltó de nuevo y se

aferró al brazo de su novio con tal fuerza, que este comenzó a preocuparse por las reacciones de la joven.

—¿Se puede saber que te pasa? Sólo son pájaros a los que algo habrá asustado

—Dijo con calma, tratando de que ella recuperase la serenidad.

—Nada —Respondió ella, sabía perfectamente que él nunca la entendería, y no quería que aquella maldita sonrisa de superioridad asomase a su rostro —Sólo que los pájaros me han sobresaltado.

Julio acarició su largo melena rizada revolviéndosela con ternura, ella no soportaba ese gesto paternal, era algo que no le había gustado nunca, y él lo sabía muy bien, pero antes de que pudiera decir nada, un olor extraño invadió el ambiente.

—¿A qué huele? —Inquirió Julio cuando fue capaz de percibir aquel aroma.

—Dios mio... ¡Cera! ¡Huele a cera quemada! —Respondió Maika mientras comenzaba a trazar un círculo en el suelo con la puntera de sus botas.

—¿Te extraña eso en semana santa? —Respondió Julio mientras sonreía— chica es lo más normal del mundo —Entonces, él miró en derredor buscando la fuente de aquel olor, ahora sí comenzaba a percatarse de que tal vez fuese demasiado penetrante para una simple procesión de pueblo, y además perdida en mitad del bosque. Mientras comenzaba a escuchar como su novia canturreaba una letanía que parecía ser el padre nuestro o algún rezo similar, pudo vislumbrar como un grupo de personas se acercaban a ellos, todos iban vestidos con túnicas y blancas mientras una capucha del mismo color ocultaba su rostro al la vista de los demás. La comitiva avanzaba hacia ellos dividida en dos hileras, mientras a la cabeza, una sola persona abría la marcha portando una gran cruz de madera —¡Eh! No me habías dicho que aquí las procesiones recorriesen los bosques—. Reprendió él a su chica.

—Por lo que más quieras Julio ¡Entra en el círculo! —Chilló Maika totalmente histérica— ¡Entra por favor! —Volvió a chillar entre sollozos, mientras él, avanzaba hacia la comitiva lentamente guiado por su innata curiosidad. Julio hizo caso omiso de la advertencia y avanzó hacia la comitiva para admirarla. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no portaban ningún paso, no había ningún cirio que quemase la cera que provocaba ese olor cada vez más intenso, sólo existía un sepulcral silencio que acallaba lentamente a los gritos de su novia, o esa era la impresión que tenía. Era una sensación de lejanía del mundo, sólo rota por unos susurros cada vez más intensos —¿Rezós?— Se preguntó, pero no conseguía comprender lo que decían, creyó distinguir una risa ahogada, y entonces la comitiva se detuvo justo al llegar a su altura.

El hombre que abría paso descubrió su rostro y el corazón de Julio se estremeció. Aquel rostro estaba demacrado hasta el extremo, la palidez de su piel era antinatural, y sus párpados estaban enrojecidos de tal forma, que parecía que aquel hombre no hubiese dormido en meses. Aquella figura esbozó una tétrica sonrisa mientras le tendía aquella cruz de madera que portaba; y él, sin saber muy bien porqué, extendió sus brazos hacia ella, era como si esta le llamase, casi se atrevería a asegurar que en verdad las voces que escuchaba partían de aquel artefacto. Las yemas de sus dedos ya acariciaban la madera de aquella cruz, cuando Julio notó como algo le embestía furiosamente enviándole al suelo —Tono porqué—. Escuchó de boca de su novia, justo antes de que ella asiese aquel artefacto maldito, y en aquel momento, como por arte de magia, quedó cubierta de una túnica blanca exacta a la que portaba el resto de la comitiva, mientras el antiguo portador de la cruz, caía al suelo como si lo hubiesen fulminado. Julio, totalmente desconcertado, miró al resto de figuras buscando una explicación de lo que acababa de ver, y allí postrado en el suelo fue capaz de distinguir uno de los rostros que se ocultaban tras aquellas pequeñas capuchas de tela blanca. Pero

aquello era imposible, el que cerraba la comitiva parecía su vivo retrato. Entonces, al darse cuenta de que lo había visto, aquella figura se descubrió el rostro, y en efecto, el parecido era asombroso. Aquel hombre le sonrió con un sadismo fuera de lo común mientras se llevaba el índice a la boca ordenándole silencio. Julio comenzó a gritar a Maika con la esperanza de que esta le ayudara a levantarse, ya que él, ofuscado, era incapaz de hacerlo. Pero ella, ya encabezaba la comitiva en su deambular por los bosques e hizo caso omiso de aquellos gritos. Julio se dio cuenta de que su espíritu ya no le pertenecía, por un instante se preguntó porqué no había tenido la precaución de hacer caso de Maika. Ahora ella era la que no le escuchaba mientras se alejaba lentamente abriendo paso aquellas almas errantes, mientras la mente de él se obnubilaba lentamente, hasta que de repente, sintió su corazón latiendo apresuradamente, y se asustó por primera vez. Se asustó cuando se miró al pecho y comprendió que aquella mano translúcida que se hundía en el, pensaba aprisionar su corazón sin compasión hasta detenerlo. Entonces comprendió que allí su pragmatismo, no le serviría de nada.

Con el terror marcando sus facciones vio a su novia, casi traslucida, acompañada por aquel terrible espectro que tanto se parecía a él, acariciándole el rostro con indulgencia, mientras ella con mirada triste le sonreía. Sus ropas, ahora blancas, bailaban en el aire al ritmo del viento nocturno, mientras que la niebla la envolvía en una fría mortaja que la iba desvaneciendo. Julio, consciente de que perdía la vida, intentó moverse. Pero aquella mano oscura que oprimía su corazón apretó de nuevo, y él, aterrorizado, sintió como su aliento se apagaba.

Miró a Maika por última vez, intentó llamarla, atraerla de nuevo hacia él, con la vaga esperanza de que ella pudiera hacer algo. Pero comprendió demasiado tarde que en realidad, ya estaban juntos.

A la mañana siguiente, una ambulancia recogía el cadáver de Julio, el diagnóstico era claro: Ataque al corazón. La muerte había sido fulminante.

—¿Cómo pasó hija? —Inquirió el padre de Maika preocupado.

—No recuerdo padre, no recuerdo nada... —replicó ella.

—Esperemos que algún incauto llegue pronto a estos bosques, o será mejor que nos hagamos a la idea de que nuestra hija morirá pronto —Comentó el hombre en un susurro a su esposa.